

EL SAGRADO CORAZÓN, EL CUERPO MÍSTICO Y LA REALEZA DE CRISTO

José María Serra Bertran, MCR

*«Els ulls i la memòria de l'Amic
escatiren fortament una vegada:
deien els ulls que el veure l'Estimat
és millor que tenir-ne recordança,
i deia la memòria que per ella
se'n puja l'aigua als ulls i el cor s'inflama»*

(Jacint Verdaguer, *Perles del llibred'Amic i d'Amat*, 17, en *Obres
Completes*, 5ª ed., Barcelona, Editorial Selecta, 1974, pág. 1014)

1. Introducción

Me ha parecido oportuno empezar con esa vieja poesía de Ramón Llull, que recompuso el genial Verdaguer, en la que se dice que los ojos y la memoria del amigo disputaron fuertemente en una ocasión: los ojos decían que es mejor ver al Amado que tener de él solo un recuerdo; sin embargo, la memoria objetó que por ella los ojos se llenan de lágrimas y el corazón se inflama... Los que no vimos los orígenes, vamos a hacer memoria de ellos, para que se inflame nuestro corazón.

Al hacer el recuerdo, la «conmemoración» de las primeras páginas de nuestra historia, nos encontramos con un hecho muy revelador. Cuando Mn. Ricart glosa el carácter apostólico del P. Piulachs dice: «Tenía toda su fe en infundir por doquier la devoción al Corazón de Jesús –entendida en su total proyección en orden a la propia santidad y al bien de la sociedad» (1).

(1) JOSÉ RICART, *Un jesuita rebelde. Semblanza biográfica del P. Jaime Piulachs Oliva S.I. (1911-1968)*, Barcelona, Asociación de Sacerdotes y religiosos de San Antonio María Claret, 1980, pág. 295. Es un pensamiento muy ramieriano: «He aquí el hueso de mis huesos» [...]. Con estas palabras, celestialmente inspiradas, formuló el primero de los esposos las eternas leyes del Matrimonio y puso las inmutables bases de la humana sociedad, al par que predijo la divina alianza, por la cual serían un día elevados a una sobrehumana perfección el Matrimonio cristiano y la sociedad humana toda entera» (Enrique RAMIÈRE, *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1931, pág. 383).

Por eso, aprovechando una convalecencia de una afección gripal severa, y pensando qué se podría hacer para aumentar más y más la devoción al Sagrado Corazón de Jesús –«tan recomendada por la Iglesia y la Compañía» (2)– y que «está en proceso de grave decaimiento en muchas partes», consultó unas iniciativas con los PP. Francisco Segarra (3) y Eduardo Rodríguez, y ante la prescripción médica de descansar, tuvo la idea de ir unos días a Paray-le-Monial. Allí pasó unos días de cielo; pero no faltaron en ellos las espinas: «El primer encuentro que tuve fue con tres jesuitas, tercerones, que comieron conmigo el primer día en la mesa, los cuales demostraron un desprecio profundo por la devoción al Corazón de Jesús. Le podría reproducir las palabras, que horrorizan de oírlas de boca de jesuitas, y lo lamentable es que no eran los tres, sino que era un ambiente bastante general» (4).

Es allí donde concibe la idea de la «Reunión sobre el fomento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús», que habría de tener lugar en Valladolid entre el 26-27 de junio de 1967... Dos años antes de la fundación de la Unión Seglar, día por día.

Tras la reunión de Valladolid, y como consecuencia de ella, le cesan como director de la *Obra de Ejercicios Parroquiales* en julio de 1967. Es entonces cuando, en carta al Asistente –con la obediencia, respeto y libertad que siempre le caracterizaron–, le refiere que «es tal el descontento que hay entre muchos, muchísimos jesuitas que entramos en una Compañía muy distinta de ésta de ahora, que [les lleva a] sentirse defraudados»; pues muchísimos jesuitas «amamos nuestra vocación con toda el alma, [...] amamos a nuestros santos y amamos los caminos por los que ellos llegaron a los altares, y [...] lamentamos con infinita pena las cosas que se permiten, que se fomentan, y los caminos que se siguen» (5). Y concluye su alegato con estas palabras: «Y por eso queremos fomentar más y más la devoción al Corazón de Jesús» (6).

(2) Carta al Asistente para España, P. Víctor Blajot, del 13 de julio de 1967, en J. RICART, *Jesuita rebelde*, cit., págs. 225-226.

(3) «[...] mi instructor al que muchísimo aprecio y de cuya prudencia totalmente me fío» (*Ibid.*, pág. 226).

(4) *Ibid.*

(5) Carta al P. Víctor Blajot, del 13 de julio de 1967, *ibid.*, págs. 227-228.

(6) *Ibid.*, pág. 228.

Y entonces se vuelca en la «*Asociación de Sacerdotes y Religiosos de San Antonio María Claret*», que ya había fundado a finales de 1965... Y en ella imprime el sello de su apostolado: la devoción al Corazón de Jesús.

Y esta es la impronta que constituye la esencia de la *Unión Seglar de San Antonio María Claret*, asociación de seglares que brota del espíritu de la *Asociación* y con el ardor apostólico del P. Piulachs. Tanto es así que se podría decir que el primer acto de ésta, que viene a conmemorar el primer aniversario de su fundación, es precisamente la consagración de la *Unión* al Sagrado Corazón, en el Tibidabo, en junio de 1970. Consagración que renovaremos, Dios mediante el próximo lunes, festividad de san Juan Bautista...

Cabe ahora preguntar si acaso la devoción al Corazón de Jesús es un capricho, una ocurrencia del P. Piulachs, que contagió a la Unión Seglar; y por lo tanto, algo accidental de lo que podemos prescindir, como de hecho y tristemente, a veces parece que prescindimos. Dicho de otra manera: ¿es verdaderamente tan importante la devoción al Corazón de Jesús, como para que el P. Piulachs –y, con él, los Padres Directores– hayan puesto en ella tanto empeño y la hayan impreso en lo más nuclear de la esencia de nuestra Unión?

Vemos que en un orden histórico (por la espiritualidad que imprimieron en ella nuestros fundadores), para la *Unión Seglar*, para un miembro de la Unión Seglar, la devoción al Corazón de Jesús no es una cuestión que quede a merced del arbitrio particular, sino que es algo que está en su esencia.

Pero veremos que no sólo en ese orden: también es esencial a la vida cristiana. Por eso, lo que ellos hicieron corresponde verdaderamente a la naturaleza misma de la vida del cristiano.

2. La devoción al Corazón de Jesús

La soteriología ilumina la dogmática toda. Recuérdese cómo el célebre principio de san Dámaso: *lo que no ha sido asumido no ha sido salvado* nos hace entender hasta dónde llega la profundidad de la Encarnación; que la formulación de los Padres Capadocios sobre la divinización del cristiano y la divinidad de la Tercera Persona de la Trinidad, ilumina en el mismo sentido.

Así, de un modo análogo, podemos ahora reflexionar sobre cómo se realiza el misterio de nuestra salvación en el Cuerpo Místico, para ver entonces cuál es la consideración en la que tenemos que tener al Corazón de Jesús y su devoción.

Cristo, para salvarnos, no se contentó con pagar lo que debíamos; no sólo echó sobre nosotros una especie de capa protectora, imitando –es comparación del mismo Cristo– a la gallina que cobija a los polluelos bajo sus alas. Hizo más: nos incorporó a Sí, nos injertó en Sí; hizo de nosotros (despreciables guijarros dispersos) piedras de un suntuoso edificio orgánico y viviente, del cual Él se puso como piedra angular.

No quiso substituirnos solamente, dejándonos separados de Él. Nos unió a Sí de un modo íntimo y vital, de suerte que, desde entonces, cuando el Padre Eterno mira a su redimido, lo ve como «algo de Jesús»; y cuando mira a Jesús, lo ve con todos sus redimidos injertados en Él.

Es así como tenemos la imagen completa de Jesucristo, del Cristo completo, del Cristo total –según el modo de hablar de San Agustín–, uno y múltiple a la vez, que comprende al Cristo hijo de María Santísima y muy amado del Padre, y además a todos los *Cristificados*; es decir, a los transformados en Cristo a fin de ser divinizados. Este es el misterio oculto, el magnífico plan de Dios de salvar a todos los hombres incorporándolos a su muy amado Hijo.

Cuando uno lee atentamente las epístolas de San Pablo, procurando sintetizar la doctrina y obra del gran Apóstol, enseguida se da cuenta de que, según él, todo se reduce al conocimiento del misterio de Cristo: «Recorriendo mis líneas –escribe a los Efesios– podéis daros cuenta del conocimiento que tengo del misterio de Cristo» (*Ef.* 3, 4). El misterio de Cristo es el misterio de su Cuerpo Místico, del cual Él es la Cabeza.

Ahora bien, dentro de esta doctrina, averiguar si la capitalidad le conviene a Cristo por ser Dios o por ser hombre es un tema de suma importancia. La capitalidad se manifiesta haciendo que la *sensibilidad* y el *movimiento* de la cabeza lleguen a los miembros; es decir, que la gracia de Cristo llegue a nosotros. Y que nos llegue la que hay en Él, la que hay en la Cabeza.

a) Si decimos que Cristo es Cabeza *sólo* porque es Dios, entonces la gracia nos divinizará.

b) Si decimos que Cristo es Cabeza *también* porque es hombre, entonces queda dignificada la humanidad redentora de Cristo. Si la gracia de Dios que llega a los miembros (a los hombres) es una gracia matizada por la humanidad de Cristo, entonces esta gracia además de «divina» será «cristiana»; es decir, nos divinizará *cristianizándonos* (7).

Si decimos lo primero, retrotraemos la soteriología al estado en que la conocieron los teólogos anteriores a Santo Tomás de Aquino: la causalidad eficiente la realiza sólo Cristo Dios; mientras que la causalidad ejemplar pertenece sólo a Cristo hombre. Decían: por ser Dios, y sólo por eso, tiene la primacía de influjo vital; y por ser hombre, y sólo por eso, tiene homogeneidad de vida con sus miembros.

Es cierto que la humanidad asumida ejerce cierta causalidad, pero no es causalidad o influjo auténticamente capital; para que sea capital hay que recurrir al Verbo. Porque el influjo capital es eficiente, y, respecto de la gracia, sólo Dios ejerce este influjo. En cambio, el ejercido por la humanidad de Cristo es solamente moral. Ahora bien, la causa moral no llega al efecto, no le toca: el consejo (por ejemplo) mueve a la inteligencia de quien lo recibe a aceptarlo, y a la voluntad a cumplirlo.

¡Pero la cabeza no influye en los miembros de este modo! Su intervención es eficiente. De la cabeza descienden la sensibilidad y el movimiento, que llegan a la parte más alejada del organismo.

El panorama cambia con el Aquinate. Para él, la humanidad de Cristo es causa moral de nuestra gracia; pero también eficiente. Así, Cristo posee la dignidad capital no sólo en cuanto Dios sino también porque es hombre. En cuanto Dios, posee una vida divina distinta de la nuestra, no sólo en grado sino en especie; en Él es sustantiva y en nosotros no (accidente). En cuanto hombre, tiene una vida divina de naturaleza igual a la nuestra, pues es habitual, accidental, participada... aunque Él la posea en grado sumo y nosotros en grados inferiores (8).

(7) Cfr. Emilio SAURAS, *El Cuerpo místico de Cristo*, 2ª ed., Madrid, La Editorial Católica, 1956, págs. 189-190.

(8) Cfr. *ibid.*, págs. 200-202.

Para Santo Tomás de Aquino, Cristo hombre es causa eficiente de la gracia y de su comunicación. Como dicen los teólogos, tiene en sí una suficiencia *formal* para ser nuestra cabeza, aunque no tenga suficiencia *radical*. Es decir, la capitalidad pertenece formalmente a Cristo hombre; pero la raíz de esta perfección no está en su humanidad, sino en la persona divina que la asume (9). Este pensamiento del Angélico se ha hecho después común entre los teólogos.

Otra cosa tenemos de advertir. Cuando hablamos de «cabeza» queremos decir también «corazón». Porque al tratar de la vida, Santo Tomás dice que se manifiesta en la sensibilidad (conocimiento) y en el movimiento (10); y cuando Sauras habla de lo propio de la «cabeza» dice precisamente que es infundir sensibilidad y movimiento. Pero esto es lo que realiza el «corazón» según la experiencia común.

Y es que la expresión de esta verdad teológica que defendió Santo Tomás de Aquino es, justamente, la doctrina del Corazón de Jesús. ¡Qué imagen más elocuente y cierta para expresar el influjo vital de Cristo (Cabeza) sobre los hombres (sus miembros)! Porque ese Corazón, en cuanto tal, es *Fons vitae*. Nuestra vida divina tiene una fuente *humana*: Su Corazón.

Y al igual que en la doctrina de la capitalidad se han cometido errores, así también en la del Corazón de Jesús. En aquélla, se pensó que la Humanidad de Cristo era sólo *ejemplo*, pero no causa de *influjo vital* para los miembros del Cuerpo Místico. En ésta, se piensa frecuentemente que el Corazón de Jesús es sólo un ejemplo en nuestro obrar moral: y que debemos admirarnos de su amor, e intentar imitarlo...

Allí, de hecho, se olvidó la humanidad; y en la devoción al Corazón de Jesús nos hemos quedado en el *vidimus* (11), y hemos preterido el *accepimus* (12). Hemos «visto» su perfección,

(9) Cfr. *ibid.*, pág. 204.

(10) «La vida se manifiesta, sobre todo, en una doble acción: la del conocimiento y la del movimiento». «Vita autem maxime manifestatur duplici opere, scilicet cognitionis et motus» (*S. th.*, I, q. 75 a. 1 co).

(11) «Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis: et *vidimus* gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti a Patre plenum gratiæ et veritatis» (*Jn.* 1, 14).

(12) «Et de plenitudine ejus nos omnes *accepimus*, et gratiam pro gratia» (*Jn.* 1,16).

para imitarla como un ejemplo (respecto de la causa ejemplar); y nos hemos olvidado del «hemos recibido» la influencia vital de Aquél que es causa eficiente (13).

Y junto al «hemos recibido», perdemos también lo que el mismo Señor «ha recibido» de nosotros: la Redención consiste en que el Cordero de Dios quita los pecados del mundo. ¡Pero los «quita» cargándolos sobre Sí! (14). Como escribió Benedicto XVI: «En la Pasión de Jesús toda la suciedad del mundo entra en contacto con el inmensamente Puro, con el alma [*corazón!*] de Jesucristo y, así, con el Hijo de Dios mismo. Si lo habitual es que aquello que es impuro contagie y contamine con el contacto lo que es puro, aquí tenemos lo contrario: allí donde el mundo, con toda su injusticia y con sus crueldades que lo contaminan, entra en contacto con el inmensamente Puro, Él, el Puro, se revela al mismo tiempo como el más fuerte. En este contacto la suciedad del mundo es realmente absorbida, anulada, transformada mediante *el dolor del amor infinito*. Y puesto que en el Hombre Jesús está el bien infinito, ahora está presente y activa en la historia del mundo la fuerza antagonista de toda forma de mal; el bien es siempre infinitamente más grande que toda la masa del mal, por más que ésta sea terrible. [...] Tantas veces se dice: ¿Acaso no es un Dios cruel el que exige una expiación infinita? [...] [Pero, en realidad [...] el perdón real que se produce partiendo de la cruz tiene lugar precisamente de

(13) Cfr. *S. th.*, III, q. 8, a. 1, co. En la cabeza se pueden considerar tres cosas: el orden, la perfección y el poder. Y Cristo como Cabeza las realiza:

- a) Lo primero porque, debido a su proximidad a Dios, su gracia es más elevada y anterior –aunque no en el orden temporal–, porque todos los otros han recibido la gracia por relación a la suya, según *Rom* 8, 29: «*A los que de antes conoció, a éstos los predestinó a hacerse conformes con la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*».
- b) Lo segundo, porque tiene la perfección en cuanto a la plenitud de todas las gracias, según *Jn.* 1, 14: «*Lo vimos lleno de gracia y verdad*», como antes hemos demostrado (q.7, a.9).
- c) Lo tercero, porque tiene el poder de hacer correr la gracia por todos los miembros de la Iglesia, como se lee en *Jn.* 1, 16: «*De su plenitud todos hemos recibido*». Y así resulta claro que a Cristo se le puede llamar con toda razón cabeza de la Iglesia.

(14) Este es el sentido del verbo que utiliza San Juan, al reproducir las palabras del Bautista: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (*Jn.* 1, 29b).

manera inversa. La realidad del mal, de la injusticia que deteriora el mundo y contamina a la vez la imagen de Dios, es una realidad que existe, y por culpa nuestra. No puede ser simplemente ignorada, tiene que ser eliminada. Ahora bien, no es que un Dios cruel exija algo infinito. Es justo lo contrario: Dios mismo se pone como lugar de reconciliación y, en su Hijo, toma el sufrimiento sobre sí. Dios mismo introduce en el mundo como don su infinita pureza. Dios mismo “bebe el cáliz” de todo lo que es terrible, y restablece así el derecho mediante la grandeza de su amor, que a través del sufrimiento transforma la oscuridad» (15).

La devoción al Corazón de Jesús es algo más que una simple emoción ante el amor de Dios manifestado en Cristo. En realidad, supone e implica la restauración misma del corazón del hombre. Veamos algunos textos: «Os daré un corazón nuevo [*leb hadash*], y os infundiré un espíritu nuevo; os quitaré ese corazón de piedra que ahora tenéis, y os pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en vosotros, y haré que sigáis mis preceptos y obedezcáis mis leyes» (Ez. 36, 26-27). «Les daré un solo corazón [*leb ehad*] y un solo camino» (Jer. 32, 39). «Les daré un solo corazón [*leb ehad*] y pondré un espíritu nuevo dentro de ellos. Y quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne» (Ez. 11, 19).

La tesis es que ese corazón «nuevo» y ese corazón «uno» es el Corazón mismo de Cristo Jesús. Del cual no sólo tenemos que admirar su amor, ni tampoco sólo procurar su imitación; sino, además de todo eso, «saber» que lo poseemos como propio. Y que cuando tomamos otros caminos o quebrantamos sus preceptos y sus gustos, le hacemos sufrir: porque el «absorber», «anular» y «transformar» nuestro pecado no sale gratis.

No se trata sólo de que yo tengo que sentir lo que Él siente, sino de que Él siente todo lo que, en el orden sobrenatural, pasa por mí. Lo siente, al cabo, como consuelo –si yo no consiento–; y como repugnancia –cuando consiento en lo ilícito– que le hago «sentir» al que es mi Corazón.

(15) Josef RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 2ª ed., Madrid, Encuentro, 2011, págs. 269-270.

3. Conclusión

Entre las diversas manifestaciones de la capitalidad encontramos, junto a la de orden y la de perfección (que, para nuestro objeto de hoy, las podríamos asimilar en una sola), la capitalidad de gobierno.

La relación entre el Sagrado Corazón y Cristo Rey se halla en la capitalidad dentro del Cuerpo Místico. Cristo-Cabeza del Cuerpo Místico es el presupuesto de la Realeza de Cristo. El poder regio, lo posee Cristo también en cuanto hombre; y ello merced a la gracia capital (16).

El papa Pío XI en *Quas Primas* (11 de diciembre de 1925), apoyándose en San Cirilo de Alejandría, sostiene que Cristo no sólo debe ser adorado como Dios por los ángeles y los hombres, sino que, además, los ángeles y los hombres deben sumisión y obediencia a Cristo en cuanto hombre: por el solo hecho de la unión hipostática, Cristo tiene potestad sobre toda la creación (17).

De este modo, la precisión que introdujo el Aquinate en el siglo XIII sobre la capitalidad de Cristo, ilumina la doctrina del Sagrado Corazón y la de la Realeza de Cristo. Realeza que, como afirma con contundencia el P. Ramière, si se niega, se sostiene un absurdo: «Centro común de la creación, brillante eslabón por medio del cual la obra del Todopoderoso se unió al divino obrero, término de todos los trabajos y de todos los designios de la Providencia, es, en un sentido mucho más verdadero, y bajo un título mucho más sagrado, el jefe de la humanidad, el fin supremo de todos los designios de Dios respecto de nuestra raza, la norma de todos nuestros progresos y el nudo de todos nuestros destinos. Si no es esto, no es nada. Porque suponer que Dios se hizo hombre para ser en la humanidad un simple accesorio, es conservar de la fe cristiana todo lo que es necesario para atribuir a la divina sabiduría un absurdo manifiesto» (18).

(16) Cfr. Emilio SAURAS, *El Cuerpo místico de Cristo*, págs. 244.246.

(17) «[...] nempe ut vel solo hypostaticæ unionis nomine Christus potestatem in universas creaturas obtineat» (AAS [1925], págs. 598-599).

(18) Enrique RAMIÈRE, *La soberanía social de Jesucristo*, Barcelona, Publicaciones Cristiandad, 1951, págs. 40-41 y 48.

JOSÉ MARÍA SERRA BERTRAN

Quiera Dios que la «memoración» de estas cosas constituya –al menos– una parte de aquello que Llull y Verdaguer decían que «inflama el corazón».